

MIRET MAGDALENA

¿LUCHA ENTRE CATÓLICOS O LUCHA POR LA JUSTICIA?

El nuevo Obispo auxiliar de Sevilla, don Antonio Montero, hizo un comentario hace pocos días sobre las tensiones entre católicos, que viene a cuento del último viaje de Pablo VI a Ginebra.

Las palabras del Papa a la O.I.T. revelan que la Jerarquía está inquieta, cada vez más inquieta desde Pío XI para acá, sobre el problema de la injusticia social en el mundo. Algunos pensarán que esto ocurre demasiado tarde y que el Concilio Vaticano I, en la segunda mitad de la centuria pasada, debió haberse ocupado ya de ello, porque era el siglo de la revolución industrial.

Es verdad, y tan lo es, que no hay que olvidar que la Jerarquía estaba demasiado enfeudada en la estructura cerrada de la sociedad medieval, estructuración social que continuó, aunque muy disminuida ya, hasta casi la época contemporánea.

Esos Papas de los cuarenta últimos años, sin embargo, comenzaron —aunque tarde— el verdadero despegue social del conservadurismo católico. Y lucharon moralmente, aunque con tímidas matizaciones, contra el afán de lucro como motivación social básica, contra la fuerza avasallante del **imperialismo económico** y —muy insuficientemente— contra las injusticias del pretendido derecho natural de propiedad privada.

Pío XI —a pesar de su incompreensión hacia el socialismo— fue el más profundo de todos, porque sentó las bases de todo lo que después se ha dicho acerca de la lucha por una situación mundial de auténtica justicia social, denunciando los tres excesos del párrafo anterior.

Si no le gustó la expresión **lucha de clases**, recogió lo más positivo de ella en su expresión propugnando la «lucha por la justicia». Este es el afán que un hombre honrado —creyente o no creyente— debía tener: no estar discutiendo siempre —como solemos únicamente hacer— acerca de quién tiene razón, sino invirtiendo nuestro tiempo en buscar noblemente lo que es justo, sin parcialidad ni amor propio, porque el que sólo defiende las propias razones fácilmente olvida la justicia, que está por encima de los particularismos.

El día en que busquemos lo que es justo, sin estar siempre intentando vencer a los demás con nuestras razones individuales, ese día estaremos —nosotros y el mundo— en camino de salvación.

Por eso don Antonio Montero nos recuerda algo importante, aunque él lo refiere sólo al **tercer mundo**: «Pensando en el llamado tercer mundo, carente de pan, de cultura, de fe, con dos tercios de la humanidad que reclaman ayuda urgente, resulta eso que se llama un **lujo burgués**, dedicarnos meses y años a nuestras tensiones y crisis... Los grandes problemas tienen la virtud de anular a los pequeños, o al menos demostrar la dimensión ridícula de éstos».

¿Qué significa, por eso, nuestra querrela de desunión cristiana —en sus ramas protestante, anglicana, ortodoxa y católica— ante la injusticia que los hombres viven en el mundo?

¿Qué sentido tiene dar esa obsesiva importancia a nuestra querrela de heterodoxia echada en cara por los católicos conservadores al **Catecismo holandés**, o a los grupos espontáneos de católicos renovadores, o a los afanes postconciliares en general de muchos católicos?

La dimensión de nuestras tensiones y crisis resulta ridícula si la comparamos con los tres problemas que plantea —o que puede plantear— el discurso del Papa a la O.I.T.: la **paz social** por medio de la justicia; la **defensa del hombre contemporáneo** contra sí mismo, porque hemos hecho de él un autómatas adiestrado, y la consecución de una organización de la sociedad que consiga la **libertad real** para todos.

Un católico —con su concepción optimista de las posibilidades

de la creación— debía ser el creyente —de todos los seguidores de religiones— que mejor comprendiera el interés preferente que debemos dar a la renovación del mundo y de la sociedad, para conseguir así una transformación total de ellos, dándoles un sentido radicalmente humano.

Nuestra postura debe ser de **lucha**, pero de «lucha pacífica», como dice Pablo VI, aunque no por eso menos valiente, decidida y tenaz. Lucha sin desmayo, no conformándose nunca con soluciones a medias, aunque de momento las circunstancias no permitan otras.

Y esta postura debe ser inculcada y fomentada —no frenada— en los jóvenes, porque «en la actual mutación del mundo su protesta resuena como una señal de sufrimiento y como un llamamiento hacia la justicia; en el seno de la crisis que conmueve la civilización moderna, la espera de los jóvenes es ansiosa e impaciente; por eso debemos saber abrirles los caminos del porvenir».

Tienen que encontrar los jóvenes «una razón para vivir», porque no la han sabido hallar ellos al mirarnos a nosotros, ni nosotros proponérsela convincentemente a ellos.

Hay en los hombres —muchos creemos que en todo hombre de buena voluntad, sea cual sea su creencia y edad— una fuerza del espíritu, que es indoblegable y que no desmaya. Es esa fuerza que hace mirar a los demás, en vez de complacerse narcisísticamente en uno mismo, porque nunca ha sido verdadera fuerza del espíritu esa engañosa fuerza religiosa de evasión que vieron muchos monjes o ascetas cristianos.

No es el **evasionismo** ningún programa para un católico, o —al menos— no debe serlo, sino el mancharse las manos metiéndolas en la masa de los problemas humanos.

«Es una fuerza real, que no es mágica ni completamente extraña a nuestra experiencia histórica y personal», dice Pablo VI. No es exclusiva esta fuerza renovadora de un grupo que tiene en sus manos el poder del cielo ni pretende separarnos de los problemas humanos.

«Tiene una voz que resuena en esta casa —en la Oficina de la Organización Internacional del Trabajo— más que en otras partes, porque es morada abierta a los sufrimientos y angustias de los trabajadores, así como a sus conquistas y realizaciones».

No sé si el tono de estas palabras pontificias es de un lirismo que a algunos parecerá excesivo, pero el fondo de la cuestión es importante. El humanismo profundo y auténtico, según ellas, ya es cristianismo larvado, anónimo o implícito (como se le quiera llamar). Porque el cristianismo no hace acepción de personas ni ideas, ni debe fomentar la simple evasión a un irreal séptimo cielo, sino a un cielo que comience ya en esta tierra por obra de nuestras manos y de nuestras mentes.

La **magia religiosa** de quienes pretenden tener a Dios atado a sus peticiones de creyentes, y que está latente en muchas actividades católicas, hay que superarla. Porque a Dios hay que hacerle bueno con nuestros esfuerzos, y no simplemente esperando un milagro que no llega, o una solución providencial que rara vez ocurre.

Si nosotros queremos —con toda razón— «tener más» es con tres condiciones: 1) para todos los hombres y no sólo para unos pocos privilegiados; 2) conseguido por nosotros mismos, ayudándonos de la ciencia y de la técnica, y 3) para llegar así a «ser más».

El **ansia de ser** es el afán máximo del hombre y aquello por lo que está clamando, como con dolores de parto, toda la creación, como decía San Pablo. Y el cristiano no puede desprenderse de esta ansia, ni debe hacerla.

Así terminaremos con la lucha entre cristianos, o entre católicos, combatiendo con valentía y sacrificio personal sólo por una mayor justicia para todo hombre. Y ésa será la única expresión «encarnada», visible, de Dios.